

marchar contra los mahometanos; pero fué derrotado por una division del ejército sitiador y tuvo que regresar de nuevo á su país sin haber conseguido nada. A los toledanos no les quedó entonces mas recurso que capitular en el año 320 (932), y Abderraman se encontró dueño de toda la España mahometana.

Grandes esfuerzos habia costado esta última victoria decisiva; pero del resultado final no podia dudarse habiéndose encargado de la empresa un monarca de la fuerza de Abderraman despues de haberle tenido que entregar Bobastro el último hijo de Omar Ibn Hafson, porque el foco verdadero de la resistencia contra el dominio árabe en España habia sido la serranía con sus cristianos heróicos. La caída de este baluarte selló la suerte de los demás rebeldes, y no es mera casualidad que los descendientes mahometanos de aquellos valientes cristianos andaluces que tan heroica guerra hicieron al Islam, hicieran casi 600 años despues, en 908 (1502), otra tentativa tambien desgraciada con la sublevacion de las Alpujarras para salvar contra la opresion religiosa de los cristianos su fe y culto mahometanos, que en el curso del tiempo habian adoptado. La naturaleza parece haber destinado aquellas comarcas á refugio de rebeldes y perseguidos. Grande es, sin embargo, la diferencia entre la manera de proceder que usaron en aquel territorio los omniadas mahometanos y la que los reyes cristianos emplearon. Estos, y aquí no valen discursos mas ó menos explícitos sobre la superioridad del cristianismo sobre el Islam, no supieron hacer otra cosa mejor con sus súbditos no católicos que entregarlos ó á los tormentos de la inquisicion ó á las miserias de la proscripcion y de la expulsion, mientras el llamado «pagano» Abderraman veló solícitamente porque sus fakihis no perjudicaran á los cristianos vencidos violando sus capitulaciones, y aun hizo mas, que fué estudiar la manera de utilizar las fuerzas de estos cristianos en bien de su reino con la mayor despreocupacion. Las virtudes de los paganos no suelen tenerse mas que por vicios brillantes por cierta clase de fanáticos; pero aquellos cristianos que no encierran su religion en el angosto círculo de una fórmula teológica que aquí no hemos de discutir, contemplarán con satisfaccion la conducta de un monarca mahometano ilustrado que supo ganarse los corazones de sus súbditos, y ganarlos finalmente tambien en su mayoría para su religion por medio de la justicia y la benevolencia, formando con elementos nacionales y religiosos tan opuestos una sola nacion cuya civilizacion fué superior á todas las de aquella época (1).

CAPITULO III

CÓRDOBA

La erudita monja alemana Rosvita, del convento de Gandersheim, en una de sus obras, escrita por el año 960, llama á la capital de los soberanos de Córdoba: «La resplandeciente joya del mundo, orgullosa de su fuerza armada, célebre por sus delicias y poseedora radiante de todas las cosas.» Hasta á la lejana abadía de Gandersheim, á orillas del Gande (2), habia llegado ya en el año 960 la fama de las maravillas de la corte de los soberanos omniadas de España.

claustró, quiso volver á reinar y se apoderó de la capital. Entonces fué cuando Ramiro regresó, le venció y le hizo sacar los ojos. (N. del T.)

(1) Si todos los soberanos de Córdoba hubieran sido como Abderraman III, tendria razon el autor en el paralelo que presenta; pero la mayoría de sus antecesores y sucesores estuvieron muy distantes de imitarle y el fanatismo musulman hizo en España millares de victimas. (N. del T.)

(2) En el ducado de Brunswick.

ña. Desde el año 95 (714) databa la prosperidad rápida de la capital de la España mahometana por ser corte y centro del gobierno y por su favorabilísima situacion geográfica, y ya hemos visto lo que eran la ciudad y sus habitantes cien años despues, en el reinado de El-Hakam I. El reinado exteriormente brillante de Abderraman II aumentó el bienestar material de la poblacion, y aunque hubo luego un retroceso notable por efecto de las sañudas guerras civiles de la segunda mitad del siglo III (IX), bastó el restablecimiento del orden y de la tranquilidad para que no solamente volviera la ciudad á recuperar en cortísimo tiempo su antiguo brillo, sino para que éste se aumentara hasta un grado desconocido. Abderraman III no perdonó esfuerzo alguno para hacer prosperar su capital y todo el país en general, porque no solamente era monarca poderoso y enérgico sino tambien excelente administrador, económico y nimio donde era menester y al mismo tiempo fastuoso y liberal. Los ingresos de su tesoro se calculaban, tocante á contribuciones é impuestos, en 6.245.000 dinares (3), de los cuales Abderraman destinaba una tercera parte á cubrir los gastos del gobierno y en primer lugar los de la fuerza armada, otra tercera parte á construcciones con que hermosear su capital y á obras de utilidad pública, y el último tercio á formar la reserva del tesoro, que en el año 340 (951) contenia, segun dicen, 20 millones de monedas de oro. La sola idea de este estado del tesoro de Abderraman III es capaz de arrancar lágrimas á cualquier ministro de Hacienda de nuestros tiempos; pero esta situacion brillante de la hacienda de aquel gran monarca no puede sorprendernos sabiendo que el orden y la seguridad de las personas y de los bienes estaban en tiempo de Abderraman tan garantidos que el labrador podia dedicar todo su celo y actividad al cultivo de la tierra, y la industria y el comercio habian llegado á una altura nunca vista en todo el Occidente. Entonces la abundancia de los productos produjo una baratura extraordinaria y un bienestar general que alcanzaba á todas las clases de la sociedad. Los ricos y grandes de la capital y de la corte rivalizaban con Abderraman en levantar edificios suntuosos y en transformar sus casas en espléndidos palacios. Abderraman III ensanchó y embelleció como sus predecesores la gran mezquita, fundada por el primer Abderraman, y le añadió un minarete magnífico; fundó á una legua al Norte de Córdoba toda una ciudad de palacios y de jardines (4) que llamó Az-Zahra ó Zahara, que quiere decir «la resplandeciente», que era el nombre de su amante. Empezó la construccion á principios del año 325 (936) y duró 25 años, ocupando sin interrupcion 10.000 hombres y 1.500 mulas. El ejemplo fué contagioso, y no hubo hombre de alguna nota en todo el imperio que no procurase labrar para sí una morada suntuosa. Así aumentó el número de palacios en la corte y el de las quintas á orillas del Guadalquivir. A mediados del siglo IV (X), dice un autor, contaba Córdoba 28 arrabales, 113.000 casas (5), 3.000 mezquitas, 300 baños y medio millon de habitantes; de suerte que si Córdoba cedia acaso en algo á Bagdad, que á pesar de su decadencia continuaba ocupando el primer puesto en el mundo mahometano, seria en extension, pero no en magnificencia. Fácil es imaginarse en vista de estos datos el estado floreciente de la industria y de las artes. Los que contribuyeron mas que nadie á crear esta civilizacion brillante fueron el genio y la inteligencia luminosa de Abderraman III, que adelantándose á su época, libre de preocupaciones mezquinas y estrechas, guió á la sociedad y desar-

(3) Schack: *La poesía y el arte de los árabes en España y Sicilia.*

(4) Es decir, un palacio con jardines que con sus dependencias formaba casi como una ciudad. (N. del T.)

(5) Probablemente edificios de toda clase.

rolló en ella los elementos y condiciones necesarios para llegar á tan admirable altura. Abderraman III, mahometano creyente y de buena fe, supo, sin embargo, reconocer que todos sus súbditos, cualesquiera que fuesen su procedencia, raza y religion, tenian igual derecho al amparo de la justicia y á la proteccion del gobierno. Con solícitud incansable veló Abderraman por que no se cercenase á los judíos y cristianos la tolerancia que les concedia la ley, y aun les admitió tambien á los cargos mas elevados del gobierno, que hasta entonces se habian concedido exclusivamente á mahometanos. No hay que decir que en este punto tenia que proceder con suma prudencia para no herir á la masa de la poblacion, que era mahometana ortodoxa; pero consta que este soberano admitió entre sus consejeros á un cristiano y empleó á un judío en misiones diplomáticas importantes y difíciles, siguiendo en esto hasta cierto punto las tradiciones de su familia. El resultado fué que en su tiempo nadie rehuía ya el trato con personas de religion distinta, y que todos tenian igual facilidad para tomar parte en la vida y en los movimientos intelectuales de la nacion. El árabe era el idioma patrio tambien de los judíos y cristianos, que escribian y componian poesias con preferencia en esta lengua y no como en otros países mahometanos solamente para los individuos de su religion, sino tambien para todas las inteligencias sin distincion de cultos, porque tan arraigada estaba la tolerancia mútua, á pesar del carácter ortodoxo del mahometismo español, que todavía un siglo despues ó poco menos el rey de Granada tuvo un visir judío. Mucho mas importante fué todavia otro resultado de la política conciliadora de Abderraman, á saber: la desaparicion de toda diferencia exterior entre sus súbditos de las diversas razas, ya fuesen árabes, ya berberiscos, ya españoles mahometanos. El aristócrata árabe continuó hablando con orgullo de sus ascendientes que vinieron á España con Tarik y Muza ó con Baldsch, pero este orgullo era puramente personal y no podia ya degenerar hasta el punto de herir ni perjudicar á otros. Esta aristocracia habia salido muy humillada de la lucha entre el emirato y los españoles mahometanos, y bien lo mereció, porque desoyendo la voz del patriotismo no habia querido prestar su apoyo al gobierno ni reservarse el importante y provechoso papel de ser la columna principal de la dinastía y del trono. Así perdieron estas familias aristocráticas su antigua influencia; en Sevilla gobernaban funcionarios amovibles nombrados por el emir; en Elvira y Jaen los vasallos árabes formaban una impotente minoría, y únicamente continuaba la familia tudschibida en Zaragoza en su posicion antigua á causa de los servicios importantes que habia prestado en el reinado anterior y de la situacion geográfica y expuesta de su territorio, situado entre los Estados cristianos. Para tener sujeto y en la impotencia el resto de esta aristocracia displicente que por mas de siglo y medio habia sido hostil al dominio de los omniadas y que aun despues de las mayores derrotas siempre habia vuelto á levantar la cabeza, juzgó Abderraman prudente elegir entre servidores antiguos y partidarios de su familia los gobernadores, los altos jefes de su ejército y otros funcionarios principales, y postergar todo lo posible á la nobleza antigua árabe. Este sistema aprovechó principalmente á los mahometanos españoles, que despues de la gran sublevacion de la Serranía habian cesado de ser temibles y no inspiraban ya recelo ninguno al gobierno. El escarmiento que habian sufrido despues de la conversion al cristianismo de su jefe Omar Ibn Hafson les hizo darse por muy contentos de verse todavia protegidos por el gobierno contra sus adversarios, los árabes. No hubo, pues, en adelante ni el mas leve conato de rebelion en el sentido de la de la Serranía y muy al contrario, esta clase quedó absorbida en brevísimo tiempo

por la gran masa mahometana, que sin distincion de orígenes nacionales se dejó dirigir por los príncipes omniadas y fué el elemento que engendró y llevó rápidamente á grande altura la maravillosa civilizacion hispano-árabe. La circunstancia de haber sido forzosamente el árabe la lengua de la masa de la poblacion ha hecho llamar árabe á esta civilizacion y árabe á la poblacion; por lo cual se cae fácil y frecuentemente en el error de atribuir á la raza árabe todo lo que los mahometanos españoles escribieron en esta lengua y todas las obras de arte que produjeron. Claro es que á los descendientes de los primeros conquistadores árabes de España pertenece una parte no escasa de las glorias literarias, científicas y artísticas de la época mahometana. El último literato grande de raza árabe pura, quizás el mas grande de todos, fué el historiador Ibn Khaldun; pero otros hubo de mérito cuando menos igual en cuyas venas no corrió ni una sola gota de sangre árabe, como por ejemplo el célebre teólogo, historiador y poeta Ibn Hasm.

El pueblo hispano-árabe, tal como quedó desde el reinado de Abderraman, era una raza nueva y especial, mezcla íntima de árabes y de naturales de España; llamarlo árabe es tan erróneo como llamarlo moro, segun le denominan los españoles, porque el nombre *moro* solo corresponde en rigor á los berberiscos. Esto explica las diferencias tan notables entre este pueblo hispano-árabe y los pueblos orientales, inferiores en muchos conceptos á aquel, que no fué simplemente una raza mestiza accidental y advenediza sino una nueva y verdadera nacion que tenia todas las condiciones de tal. Hoy estamos acostumbrados á abusar del nombre de nacion dándole á pueblos que hablan un idioma determinado y á los cuales tenemos por descendientes de tal ó cual otro pueblo antiguo, pero la verdad es que casi no hay nacion que sea de una sola raza, y si es difícil determinar las condiciones que un pueblo necesita para merecer el nombre de nacion á los ojos de los teóricos, no lo es en la práctica, pues en la práctica es nacion todo pueblo que se siente como tal; y como nacion se sintió el pueblo mahometano español y lo era no solamente en su concepto propio, sino tambien para los turcos y los persas, y por cierto una de las mas notables y fecundas de la Edad media. El que creó esta nacion fué Abderraman III. No fué por lo mismo una fórmula vana y una fanfarronada el título de califa que adoptó el hasta entonces emir Abderraman, el cual, al poco de haber capitulado Bobastro, á principios de 316 (principios de 929), mandó que se rogase en todas las mezquitas no ya por el *emir* Abderraman sino por «el jefe de los creyentes,» el *califa* En-Násir (el Salvador). El objeto inmediato de esta medida fué probablemente manifestar á todos los súbditos de Abderraman que éste no reconocia y rechazaba la pretension de los fatimitas de Africa de ser su soberano el jefe espiritual de todo el Islam. Esto sin perjuicio del sentido mas hondo de la medida, con la cual podia significar que con mas derecho que el fatimita hereje y que el mísero y despreciado abasida de Bagdad, maltratado por sus servidores y ex-esclavos, se consideraba digno del primer puesto entre los soberanos mahometanos aquel que habia sabido dar mayor prosperidad material é intelectual á sus súbditos y á su reino el primer puesto entre los Estados mahometanos y asegurarle el mayor respeto de las naciones extranjeras. Siendo además descendiente de los antiguos omniadas, califas de Damasco, no faltaba tampoco á Abderraman el título legal para llamarse califa. Así fué que esta innovacion ni podia calificarse de demasiado atrevida ni encontró oposicion en el pueblo.

El nuevo califato de los omniadas de Córdoba no tuvo mucha mas duracion que el de los antepasados de Abderra-

man en el Oriente; pero si el de Córdoba cedió al oriental en extensión geográfica y en el número de conquistas brutales, le fué superior en resultados benéficos para los pueblos á él sometidos.

Las ventajas y grandes resultados de la política interior de Abderraman no desviaron la atención de este príncipe del gran punto vulnerable de su imperio: la tendencia incurable de los jefes árabes á declararse independientes y á promover los consiguientes desórdenes. Para dominar eficazmente este elemento é impedir toda nueva tentativa de rebelión ó quitarle desde luego toda esperanza de éxito, no había otro medio sino la creación de un ejército que dependiese directa y únicamente del soberano y que fuese bastante fuerte para imponer á los díscolos y mal aconsejados mas poderosos, y facilitar al propio tiempo el medio de utilizar sus fuerzas en el servicio del soberano. Ya vimos que Abderraman I y Hakam I procuraron formar un ejército propio á título de guardia de corps y de palacio, aumentándolo continuamente con soldados de oficio. Abderraman siguió su ejemplo y pronto contó con un ejército pretoriano muy numeroso, del cual formaban el elemento principal prisioneros de guerra comprados por los mahometanos á otras naciones, particularmente de la Europa oriental, y que solían ser por lo general de raza eslava, por cuya razón los árabes llamaban *sakalibes* ó esclavos á todos los esclavos de esta procedencia cualquiera que fuese su raza. Los de la época de que tratamos eran en su mayor parte de la Galitzia polaca, francos, longobardos y gente del Mediodía de Italia. Tales esclavos abundaban y se podían comprar, segun los autores, en número de cuatro mil hasta trece mil. Abderraman compró cuantos pudo y los prefirió á los soldados árabes y berberiscos de España, y á las tropas enganchadas en Africa. Esta preferencia se explica porque los hombres del Norte eran guerreros excelentes y muy propios para ser empleados en puntos de confianza, como en la corte y otros puestos; y habiendo sido muchos llevados á España y vendidos muy jóvenes, aprendieron el idioma, la religión y las costumbres árabes, no pertenecían á ningún partido y dependían enteramente del soberano, del cual eran verdaderos y fieles esclavos. Hasta en España, pues, los soberanos mahometanos, aun los mas ilustrados y mejor intencionados, necesitaban para sostenerse, como en los demás países del Islam, una fuerza pretoriana al estilo de la turca, genizara y mameluca, aunque estas mismas fuerzas y otras análogas al fin han acabado siempre por ser una plaga inaguantable. A Abderraman le fué indispensable este elemento para tener sujetos á los árabes. Una observación, relativa á los defectos del sistema feudal y hecha por este soberano á un embajador de Oton el Grande (1), demuestra que Abderraman conocía perfectamente el peligro y estaba resuelto á no permitir que en las provincias de su imperio determinadas familias adquiriesen otra vez posiciones independientes como grandes vasallos feudales. Tenía tambien, como tantos otros hombres de talento superior para gobernar, el defecto de querer hacerlo todo por sí mismo y de confiar lo menos posible á otros, los cuales debían ser ejecutores voluntarios y hábiles de sus instrucciones; y no le gustaban consejeros de criterio independiente ni mucho menos consejeros que hiciesen nada sin ser mandados. No necesitaba estímulos de nadie, porque su sagacidad lo prevenía todo y su actividad á todo se extendía; de suerte que desde la muerte de su visir Bedr, ocurrida en 309 (921), gobernó por sí y hasta suprimió el cargo de visir. Desde entonces la pros-

(1) Juan de Gorz, en cuya biografía se encuentran noticias interesantes y de importancia sobre la España de aquella época. Véase Dozy: *Histoire*, III, pág. 58.

peridad de su imperio dependió exclusivamente de su dirección. Por lo demás, siempre y en todas partes la prosperidad de un país depende de la capacidad de quien lo gobierna. Este monarca, á quien con mas razón que al persa Abbas I y mucho mas que á Herodes puede dar la historia el título honorífico de «el Grande,» tuvo por favor singular del destino un sucesor digno de él y éste un ministro extraordinario; pero despues de ellos se perdió el califato por la falta de una organización política fuerte y duradera y por el desenfreno de los pretorianos. Hasta la nación creada por Abderraman estuvo á punto de perecer, y ya veremos en el curso de nuestra narración que este príncipe mismo no siempre pudo librarse de las consecuencias perniciosas de su sistema, aunque tanto á él como á sus dos sucesores inmediatos les permitió dominar constantemente la situación.

De todos modos la experiencia demostró la bondad innegable de la organización que Abderraman había dado al imperio y al ejército mientras ambos estuvieron dirigidos por un monarca enérgico y activo; así lo prueban los triunfos que Abderraman obtuvo en el exterior, el aumento rápido de la prosperidad en el interior y el respeto no solamente de los demás Estados mahometanos sino tambien de otras potencias.

La política exterior estaba prescrita invariablemente á la España mahometana por su posición misma, es decir, que no podía ser nunca por mucho tiempo pacífica enfrente de los monarcas cristianos de Leon, Navarra y Barcelona, al paso que las fronteras del Norte debían ser teatro de continuas guerras ofensivas y defensivas. Por todos los demás lados el mar servía de defensa natural y excepto en un solo punto oponía á las empresas hostiles de toda potencia enemiga obstáculos insuperables, siempre que una escuadra suficiente vigilara las costas. Ya Abderraman, durante la lucha con Omar Ibn Hafson y con sus hijos, había dispuesto la creación de una escuadra, pues que siendo dueños de buques los soberanos de las plazas marítimas como Almería, Denia y Valencia, estos buques quedaron á disposición del gobierno desde el instante que aquellos señores se sometieron al soberano de Córdoba. Esta escuadra había prestado ya grandes servicios en la guerra contra los sublevados andaluces, porque cortó la comunicación de éstos con el mar y con el Norte de Africa, de donde se aprovisionaban de víveres y de tropas mercenarias. Mas adelante también fué utilísima á lo menos para evitar desembarcos de francos ó de los piratas fatimitas, que cabalmente á principios del siglo IV (X) causaron grandes daños á los cristianos de Italia y de las islas.

La nueva gran potencia fatimita dió tambien á Abderraman mucho que hacer. Ya sabemos que la política de los fatimitas tuvo su campo de acción en el Oriente; pero esto, que para nosotros es hoy muy natural y muy claro, no lo era todavía para el soberano de la España mahometana. Desde luego la nueva potencia necesitaba someter á su influencia para su propia seguridad á los berberiscos no solamente del Sab, la Numidia de los antiguos, sino tambien los del Magreb propiamente dicho, hasta el Océano Atlántico; al lograrlo, podría muy bien cobrar afición á extender su poder á otras partes y apoderarse de Algeciras por ejemplo desde Tánger y Ceuta, ya que no de Gibraltar, que fortificado desde mucho tiempo por los omniadas, era reputado ya entonces inexpugnable. La existencia misma de su propia dinastía y hasta de la del Islam en España, era la mejor prueba de la facilidad de una nueva conquista de España. Aquel era el punto flaco de la costa, y para defenderlo era indispensable y lo es todavía hoy que España poseyera al otro lado del Estrecho un punto fortificado á manera de cabeza de puente

para impedir allí, cerca de Tánger y Ceuta, el establecimiento permanente de una potencia mas fuerte que ella. Así como el gobierno español actual con razón se esfuerza, bien que de una manera algo débil, por conservar á Ceuta y los demás presidios de la costa africana, y trabaja contra el influjo de otras potencias sobre Marruecos, del mismo modo hace nueve siglos Abderraman no pudo menos de tener la vista fija en el Magreb; y así como hoy los franceses en Argel y Túnez sienten la necesidad de extender su dominio para asegurar la posesión de aquellos territorios, de igual suerte los fatimitas acechaban en aquella época en las mismas provincias una coyuntura favorable para someter á su autoridad las kábilas indómitas berberiscas del Magreb. La única diferencia entre la situación política de entonces y la de hoy es que los berberiscos eran mas indómitos y mas fuertes que en el día; que España era una gran potencia, y que los fatimitas podían proseguir sus planes sin atender á otros Estados mediterráneos. Así es que entonces no desempeñó su papel la diplomacia sino apoyada por la fuerza armada. Por lo demás, la posesión del Magreb no era cuestión vital ni para los califas de Africa ni para los de Córdoba; su rivalidad en aquella región estaba siempre subordinada á otras miras políticas, y sus manifestaciones dependían de la fuerza sobrante de que cada rival pudiera disponer en circunstancias dadas. Cuando el califa de Córdoba necesitaba sus fuerzas contra los Estados cristianos del Norte procedía con mas cautela en Africa, y cuando el Mahdí tenía que luchar contra los berberiscos sublevados ó le ocupaban los asuntos egipcios, el gobierno español tenía el campo mas libre. Raras veces llegaron las dos potencias con este motivo á las manos. Su lucha podía ser comparada con una partida de ajedrez en la cual los dos jugadores avanzaban ó retiraban, á manera de figuras mayores, á los señores edrisitas de Fez y á los jefes de las tribus berberiscas de los Miknasa, Sanhascha y Senata. Mientras en Africa reclamaba la atención de Abderraman lo que ocurría entre las tribus berberiscas y sus vecinas, en Europa tenía la vista fija en los sucesos de los Estados cristianos de la península. Cuando reinaban la concordia y el orden en Leon, Navarra y Cataluña, se aumentaba su presión armada en las fronteras mahometanas; y si por lo contrario aquellos Estados estaban destrozados por contiendas interiores, el pendón del Islam avanzaba hasta muy al Norte. Se ve, pues, que á pesar de la sencillez de las condiciones políticas fundamentales, la situación general era complicadísima, mirada desde el centro ocupado por los califas de Córdoba, que tenían que dominar tantos intereses distintos y muchos de ellos encontrados como bullían alrededor de su imperio desde el Egipto hasta el Atlántico y desde Galicia hasta dentro del imperio romano-germánico. Mientras los agentes del califa de Córdoba trabajaban en beneficio de éste entre las tribus berberiscas de la antigua Numidia, Abderraman enviaba agentes diplomáticos cerca de los soberanos del otro lado del Rin y aun del Elba; y mientras emisarios y espías del fatimita se informaban bajo el disfraz de comerciantes ó viajeros del estado de España, en la corte de Córdoba se recibían embajadas de los reyes de Alemania y Francia y aun del emperador bizantino, el cual envió á Abderraman ricos presentes para entablar relaciones y propuso una acción común contra el fatimita, adversario de ambos. Sería interesante seguir estos trabajos diplomáticos en todos sus detalles, mas aquí debemos limitarnos á los datos que dejamos expuestos.

Es necesario ahora dirigir nuestra atención á los sucesos que ocurrieron en la primera mitad del siglo IV (X) en el terreno trabajado por la diplomacia de los califas. Durante

algun tiempo no ocurrió nada importante entre el reino de Leon y el imperio mahometano desde la derrota de los cordobeses cerca de Zamora y la última expedición de Alfonso III al territorio de Toledo. Una expedición de tala del rey García en el año 910 (297), que menciona el cronista español, careció al parecer de importancia; mas las cosas cambiaron con la subida al trono en el año 914 (301) del rey Ordoño II, hombre enérgico y belicoso que inmediatamente atacó con nuevo vigor á los mahometanos. En el mismo año 914 (302) invadió Ordoño el territorio de los berberiscos de Mérida, tomó por asalto el castillo de Alhanje (El-Hanax), mató á los hombres, se llevó las mujeres y niños y sacó muchísimo botín en dinero y otros objetos de valor apretado por los habitantes de Badajoz para librarse del ataque. A pesar de haber sido dirigida esta expedición á las comarcas de Extremadura, rebeldes á la autoridad de Abderraman, creyó éste deber suyo vengarla como jefe de todos los creyentes y con el fin de promover la unión de todos los mahometanos de España en una sola nación. No pudiendo hacerlo en 303 (915), el año del hambre, envió al año siguiente, 304 (916), á su excelente general Ahmed Ibn Abi Abda con algunas tropas al Norte para una excursión de saqueo en el territorio cristiano. Esta expedición hizo mucho botín; pero cuando el mismo general con fuerzas mas numerosas pasó en el año 305 (917) el Tajo y puso sitio á San Esteban, para castigar un ataque de Ordoño á Talavera, sufrió una derrota terrible, en la cual antes de huir prefirió morir como héroe combatiendo con otros valientes que e acompañaron. Muchos de los que huyeron fueron muertos por los vencedores, que los persiguieron. Este tremendo descalabro debía ser vengado, pero por lo pronto lo impidieron los asuntos africanos. El soberano de Nacur, ciudad marítima de Marruecos ó sea del Magreb, había sido expulsado de su Estado por Masala, vasallo del fatimita Obeidallah, y había solicitado el auxilio de Abderraman. El avance de Masala tomó un aspecto amenazador para España, y á fin de impedir que se apoderara de Ceuta, Abderraman, ocupado todavía con la guerra en la Serranía, decidió reservar para mas adelante el castigo de los leoneses y acudir primero al Africa. En el mismo año 305 (917-918) reconquistó á Nacur para su protegido, el cual con el apoyo de los habitantes del Rif pudo sostenerse por algun tiempo en su pequeño Estado, y Abderraman entonces quedó libre para dirigir sus armas contra el reino de Leon. Ordoño II aliado con Sancho, primer rey de Navarra, había aprovechado su victoria sobre Ibn Abi Abda para talar las comarcas fronterizas de Nájera hasta Tudela. Era, pues, tiempo de acudir al Norte, á fin de que aquellos habitantes no perdiesen su confianza en la fuerza del gobierno. Cabalmente la muerte de Omar Ibn Hafson había librado á Abderraman de uno de sus mayores cuidados, y aunque la guerra continuaba en la Serranía, el califa podía obrar ya con mayor energía en el Norte. A la primera noticia que de la entrada de los cristianos en territorio mahometano llegó á Córdoba, dió orden á su visir Bedr de marchar á la cabeza de un gran ejército contra los cristianos. Reforzado Bedr con las guarniciones de los puntos por donde pasó, llegó un mes despues de haber salido de la capital al territorio cristiano. El enemigo aguardaba á los mahometanos apostado en las alturas cerca de una población llamada Mutonia y que hasta hoy no ha podido ser identificada, por cuya razón tampoco puede fijarse el camino seguido por Bedr (1). Este venció

(1) Lafuente llama á esta población *Mindonia*, y Mindonia parece corrupción de *Mindunium*, antiguo nombre de la actual Mondofiedo. (N. del T.)